

El congreso de la Unión General de Trabajadores

Emilio Ruiz

Diciembre de 1932

(Tomado de *Revista COMUNISMO (1931-1934). La herencia teórica del marxismo español*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1978, páginas 116-120; publicado en *Comunismo*, número 19, diciembre de 1932)

La burguesía española ha ido cediendo posiciones al socialismo español en el estado mucho antes de que los jefes reformistas llegasen a ser ministros de la República. Durante la propia Dictadura no sólo [no] debilitaron sus posiciones dentro de los organismos del estado, sino que las fortalecieron. Antes del 14 de abril los socialistas, los jefes y jefecillos de la Unión General de Trabajadores gozaban de innumerables sinecuras dentro del aparato del régimen burgués. La República ha venido a colmar este estado de cosas. No hay secretario o presidente de un sindicato ugetista de alguna importancia que no esté enchufado (¿por qué no aceptar la palabra?) en los organismos del estado. No hay que olvidar que sólo el Ministerio de Trabajo destina cien millones de pesetas anuales al pago del personal, en grandísima parte socialista, al mismo tiempo que sólo se destina una cantidad ínfima al paro forzoso, y eso sólo para las organizaciones reformistas.

El grupo más numeroso del congreso estaba constituido por estos elementos; sin ningún vínculo directo con la clase trabajadora, es decir, de individuos que de una manera implícita tienen más interés en todo lo que afecta directamente a la conservación de la burguesía que en beneficio de la revolución social. En las organizaciones de la Unión General Trabajadores no tienen más misión, sobre todo ahora que sus jefes supremos ocupan las poltronas ministeriales, que frenar el impulso de las masas y tenerlas sumidas en la mayor quietud. No hay más que verlos como llevan a cabo el verdadero papel de bomberos de la revolución. Cualquier conflicto social que surja en un punto determinado de la península, da lugar a que inmediatamente salgan para el punto afectado dos tres diputados socialistas que, de acuerdo con el gobernador de la provincia, se ocupan de apagar el incendio. Si ha habido muertos, se promete que se hará justicia, y de esa manera los obreros son engañados (Castilblanco, Arnedo, etc., etc.).

Por anticipado se podían predecir los acuerdos que saldrían del congreso, dada la significación de los dirigentes. Los resultados no han hecho más que confirmar, agravándolos, los pronósticos. Todo tema de verdadero interés para la clase revolucionaria o ha sido silenciado o soslayado. Más que un congreso de la clase trabajadora parecía la reunión de un organismo “social” del estado burgués en que sólo se tratara de “legislación social”. La acción directa de la clase trabajadora era una cosa ajena para los conspicuos de la burocracia reformista que llevaban la dirección de los debates y que ejercían de magnates.

El congreso se abrió con la discusión en torno al movimiento de diciembre de 1930 y a las responsabilidades que de él se derivaron para los dirigentes. Después del debate acerca de esta misma cuestión en el congreso socialista, el tema había disminuido de efectivo interés. Pero la discusión entablada sobre ello en el congreso ugetista sirvió para demostrar la cobardía no, sólo política, sino incluso personal, de unos y otros. En el fondo no había, tanto en el congreso socialista como en el sindical, un gran deseo de aclarar la verdad. El discurso del máximo traidor de la clase obrera española, Trifón Gómez, fue típico y característico de la traición de los emperadores sindicales reformistas. Al igual que en el congreso socialista, el final fue la aprobación de una resolución que nada aclaraba, porque por parte de nadie había interés en hacerlo. Una cuestión de tanta

trascendencia política como ésta quedó proyectada de sombras, lo que, bien es verdad, equivale a una condenación.

Conviene destacar principalmente, por la enorme importancia que tiene, la actitud adoptada por el congreso ante las propuestas de unidad sindical. No necesitaban los líderes sindicales decirlo, porque la actuación del secretario de la Unión General al frente del Ministerio de Trabajo es un argumento por demás elocuente; pero, a pesar de ello, aludieron a los diversos pactos establecidos con los partidos de la burguesía. Puede decirse que la mayoría de los “grandes” discursos pronunciados en el congreso fueron para intentar justificarla necesidad de estas alianzas no de una forma encubierta, sino descarada. Sin embargo, se impidió en absoluto que se tratase del problema fundamental de la unidad sindical y de las relaciones del frente único con las demás organizaciones obreras.

Los mismos que no vacilaron en establecer acuerdos con Primo de Rivera e incluso aliarse con él, rechazaron no sólo la aceptación, sino la mera discusión de los medios de dotar al proletariado de la táctica de unidad sindical, la más eficaz en la lucha contra la burguesía.

Los reformistas no ignoran que la unidad sindical es algo profundamente firme en el corazón de toda la clase trabajadora. De una forma sistemática la ejecutiva de la Unión General ha eliminado de sus filas a todas las organizaciones que de una manera más resuelta se han venido manifestando en su seno por la unificación de la clase trabajadora, como condición necesaria para futuras conquistas. Con todas sus medidas de represión administrativa no han logrado impedir que, en el congreso, organizaciones como la Sociedad de Cortadores de Elche; la Asociación de Banca, de Zamora; el Sindicato de Albañiles, de Salamanca; los Barberos Peluqueros, de Bilbao, presentaran propuestas de unificación sindical, que fueron saboteadas por los organizadores del congreso. El mismo temor que los jefes ugetistas sienten por la discusión de esta cuestión es una prueba más de su importancia y de que, conseguida la unificación, ellos serían los primeros en ser arrollados por el movimiento. Por eso precisamente en ningún momento los comunistas deben vacilar en colocar siempre en el primer plano de sus actividades este palpitante problema.

El juego de verdaderos malabaristas que realizan los jefes socialistas con la Unión General de Trabajadores se puso al descubierto en el congreso. No falta ocasión en que los jefes reformistas no se abroguen en el gobierno la representación de las masas organizadas en la central reformista. Sin embargo, cuando en el congreso se insinuó nada más que la discusión de la labor de los ministros socialistas, surgieron inmediatamente los mandarines para decir que esto no era de la competencia del congreso de la UGT. Es decir: se ha convertido a las organizaciones reformistas en meros apéndices del aparato gubernamental y, no obstante ello, no se las permite opinar sobre la labor de “sus” ministros. Y esto se hace al mismo tiempo que repiten como loros que su organización nacional se desenvuelve con arreglo a los más puros principios democráticos. Los comunistas no deben dejar ni un sólo momento de exponer esta táctica de doblez, explicando y desarrollando sus consecuencias ante las masas obreras y campesinas que todavía siguen fielmente la política de los socialdemócratas.

Es sabido que la táctica de los socialistas cuando se sienten presionados por las opiniones sinceramente obreras en su propio seno es hacer concesiones verbales que no resuelven nada, pero que sirven para engañar incautos. El congreso se vio ante el deseo de un núcleo de delegados obreros, principalmente de los pueblos agrícolas que, teniendo que soportar diariamente la represión de la Guardia Civil, pedía a “sus” ministros que, desde el gobierno, procurasen adoptar medidas para acabar con el poderío del “instituto armado”. De una manera franca les era imposible a los jefes oponerse a estos deseos. Para

ello se acudió, como de costumbre, a la fórmula de compromiso, demagógica en la redacción, pero sin ninguna finalidad verdaderamente práctica en el fondo. Ya ha pasado algún tiempo y puede verse qué aplicación ha tenido el acuerdo adoptado. En cambio, en estos últimos días son bastantes los obreros pertenecientes a la UGT que han caído asesinados o por los grandes propietarios o por la propia Guardia Civil. Las masas a quienes el hambre y la miseria amenazan de muerte no pueden contentarse con admitir las “palabras de cordura” de los jefes y de los diputados. Reclaman nada más, pero al mismo tiempo nada menos, que pan y trabajo.

El baile en la cuerda floja de la demagogia reformista siguió con la discusión de los presupuestos de guerra. A pesar de la resistencia que la política belicista que ha iniciado el partido socialista español encontró por parte de algunos delegados obreros, el congreso terminó aceptando una fórmula para adherirse a la carrera de la construcción de armamentos. El partido y su sucursal sindical han dado de esta manera un simple papirotazo a su ya putrefacto programa mínimo. El ministerialismo socialista ha traído aparejado en todos los países el sumarse a los presupuestos de guerra, y el partido español no podía ser una excepción en la conducta de todos los demás partidos de la Segunda Internacional. Si algún día surgiera una contienda encontrarían la misma argumentación para “justificar” el que un miembro del partido ocupase la cartera de Guerra, como la desempeñó en Francia, durante la pasada guerra Albert Thomas, que fue una de las figuras más nefastas y cínicas con que el socialismo internacional ha contado.

Para todos los que asistieron al congreso fue evidente desde el primer momento que el interés que movía principalmente a todos los jefes giraba en torno a la elección de la nueva ejecutiva. Desde la primera sesión se pudo ver en los pasillos y en las conversaciones de los delegados que lo que importaba era meramente que saliera una u otra candidatura. Para ello se recurrió a todo género de manejos y habilidades, entre ellas la de la fracción representada por Besteiro llevase en candidatura, como secretario general, a Largo Caballero, cuando en realidad la batalla iba dirigida contra éste. Sin embargo, lo que ni un solo momento se pudo ver era las discrepancias de índole política o táctica que separa a un grupo de otro. En las deliberaciones habidas no se habían dibujado con rasgos precisos las discrepancias en torno a los problemas concretos de índole sindical y político que se plantearon.

Con motivo del congreso del partido socialista hemos tratado de dar una caracterización de los dos grupos que, más entre bastidores que en público, aspiraban a la hegemonía. Lo que dijimos con respecto al congreso del partido socialista es igualmente aplicable al de la Unión General de Trabajadores, puesto que en él intervinieron los mismos elementos. Únicamente la lucha se distinguió porque a la hora de la votación fue más aguda a consecuencia de que los derrotados en el congreso socialista buscaron su desquite en el de la unión.

Besteiro y sus partidarios, desplazados de la dirección del partido, habían puesto todas sus aspiraciones en la hegemonía dirigente en la ejecutiva de la Unión General de Trabajadores. Para ello disponían de los votos, no directos, sino indirectos, de la Federación Ferroviaria, dirigida por Trifón, y de la Federación de los Trabajadores de la Tierra, dirigida por Lucio Martínez.

Finalmente, el escrutinio fue favorable para el grupo dirigido por Besteiro. La dimisión presentada del cargo de secretario general por Largo Caballero puede interpretarse más como el gesto de la soberbia personal que como la acción adoptada ante el triunfo de una tendencia adversa. Si bien es cierto que los tradicionales métodos obreristas pablistas triunfaron con la elección de Besteiro, no lo es menos que lo que más importa a Largo Caballero es la garantía de que la organización continuará colaborando

y siendo instrumento de la burguesía, sigue asegurada con el triunfo de Besteiro y los suyos.

Para los comunistas no puede ser una sorpresa lo sucedido en el congreso de la unión. Conociendo la trayectoria de este organismo, principalmente desde el 14 de abril, en que fue proclamada la República y nombrado ministro de Trabajo su secretario general, no había la menor duda de que sus acuerdos habían de ser los de una organización a la que los jefes han convertido en organismo gubernamental. Los acuerdos estaban asegurados por la hegemonía casi feudal que en la mayoría de las organizaciones, ejercen los mandarines socialistas. Pero como comunistas, y principalmente cómo miembros de la Izquierda Comunista, debemos deducir enseñanzas para el futuro y para la actuación posterior en la central ugetista. Y mucho más cuando lo sucedido viene, desgraciadamente, a confirmar cuanto nosotros hemos dicho en estas mismas columnas a propósito de las consecuencias catastróficas que la táctica del partido oficial suponía.

La táctica de escisión sindical, y en muchos casos de abandono de los sindicatos reformistas para prostituir otros “autónomos”, ha dado lugar a que la influencia directa de los comunistas sobre los organismos sindicales reformistas sea casi nula. Se ha dejado a los trabajadores de estas organizaciones abandonados a su propia voluntad o en manos de los ministros socialistas. Una táctica acertada hubiera sido crear de una manera sistemática la oposición sindical en el seno de la UGT. Pero no una organización accidental con vistas al congreso u otro objetivo determinado, sino con un funcionamiento permanente y teniendo por fin una acción constante y coordinada. Esto hubiera servido para que, a través de todas las claudicaciones de la dirección reformista, en sus propias filas hubiera surgido la crítica seguida de toda su actuación nefasta para los intereses del proletariado. Se ha descuidado lamentablemente esta labor, como, desgraciadamente, se han olvidado otros trabajos de actuación en el terreno sindical.

Aparecerían disminuidos estos errores si, ya que anteriormente no se ha hecho, se hubiera procurado preparar y cohesionar la actuación de los delegados comunistas.

EMILIO RUIZ

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es